

FONDOS DE LA IRONÍA
("La Parusía")

Drama en tres Actos

*A la memoria de mi fraternal amigo, el profesor
Manuel Albendea, mentor de mi aproximación a la
filosofía.*

Preliminar

«La Parusía» fue el título original de esta obra integrada en el tratado «Expectatio Philosopharum» que llegó a formar un cuerpo aparte y diferenciado del conjunto del mismo, aunque sin separarse en sentido estricto, de la mística de la expectación. Perdido el códice, en los momentos más esperanzados de la historia de Trianía, se cree que fue hallado de nuevo -después de años de olvido- en el cerebro del filósofo Bruno Martín con ocasión de su autopsia, practicada -se dice que en falso- por el equipo de médicos-teólogos dirigidos por el Rvdo. Padre Félix García O.P., merodeador silente de los crepúsculos ilustres.

En el momento de su hallazgo surgió, ávido y de súbito, desde el fondo de la ironía, el cuervo de Edgar Allan Poe, decidido, a igual que el Rvdo. Padre, a nutrirse de sus tuétanos «sub conditione», por supuesto, y después de haberle depurado de su humedad filosfal. La lucha por este códice fue larga y cruel. El enfrentamiento entre la noche alada y la noche sin alas duró ad nauseam. Lógicamente fue derrotado el cuervo de Poe -la conciencia lúcida y culpable- porque era el menos cuervo de todos los que planeaban sobre las sitibundas tierras de Trianía. Con sus despojos exquisitos -las vísceras y arquetipos del filósofo- intentó desplegar sus alas el Rvdo. Padre, pero fue inútil ya que, aunque cuervo, carecía de ellas.

Esta obra no es otra cosa, en realidad, que la ejecución de esa liturgia desordenada y humillante ante el túmulo levantado a la razón.

PERSONAJES

DR. SEGUNDO ROMANA, Catedrático de la Universidad de Trianía
DR. ANDRÉS TERMAS, Adjunto y Ayudante de Segundo Romana Los Predoctorados
becados:
ANRIO DELINDES
GALAZZO
EDUARD
HIPARCO
PATRICIO RÓSPERT
GALO
MARCO GABINIO
ELIDIA, Estudiante de Ciencias Naturales
ROGELIO GALTON, Profesor de Ciencias Naturales en el Centro Universitario
Eclesiástico
PÍA URBINO, Madre de Anrio
BELTRÁN DELINDES, Padre de Anrio
SR. EMBAJADOR, El visitante que llega al restaurante del puerto
JAIME TAGUA, Profesor de Ciencias Naturales en el Centro Universitario Eclesiástico
CÁNDIDA, su esposa
SR. BARRIENTOS, Presidente del Club Remos
Dueño del Restaurante
Camarero 1º
Camarero 2º
Botones del Club

LA ACCIÓN EN LA ISLA DE TRIANÍA

La isla de Trianía es amplia de paisajes. La geografía dice de sus tierras que son feraces, y de sus llanuras que son dilatadas. Posee altas montañas, valles verdes y profundos y caudalosos ríos de atrayentes riberas. Ondas de cambiantes colores golpean la fortaleza de sus costas, y, aunque de clima benigno es, a veces, batida por los vientos más contrarios.

ACTO I. ESCENA III

GALTON. Todos quieren ver a Segundo Romana. No le faltaba más que la llegada de Bruno Martín para ser del todo prestigioso.

(Tiene un gesto de velada ironía. Suena el teléfono).

ELIDIA. *(Cogiéndolo)*. Dígame... No, aún no ha venido. Si quiere tomaré nota... bien, como guste.

(Cuelga).

GALTON. *(Visiblemente excitado)*. ¿No le ha dado el nombre?

ELIDIA. No.

GALTON. ¡Usted debe exigir que todos den sus nombres!

ELIDIA. ¿Para qué?

GALTON. Por el placer de identificar a las gentes.

ELIDIA. Parecido a descubrir tesoros a la sombra de caracteres oscuros.

GALTON. Poco más o menos.

(Suena de nuevo el teléfono).

GALTON. *(Intentando cogerlo)*. No se moleste.

ELIDIA. *(Alcanzándolo antes)*. No es molestia. Estoy aquí para esto.

(Descuelga).

Diga..., ¿quién es?

(Espera unos momentos).

GALTON. No olvide preguntar el nombre. De esa forma su colaboración será más útil para el Sr. Romana.

ELIDIA. *(Colgando)*. No era nadie. Un simple contacto.

GALTON. Y a propósito de la campanita, ¿ha logrado usted explicarse su absurda existencia sobre la puerta de una biblioteca?

ELIDIA. Estaría antes que la biblioteca. Debieron olvidarse de quitarla.

GALTON. La biblioteca de un club aristocrático, Sita. Elidia, es un lugar inservible.

(Se le va endureciendo la voz).

ELIDIA. ¡Una mentira! Casi nadie entra por sus puertas. Por es poco podía molestar la campanita. Esta sería, en esquema, la tesis demagógica del Sr. Romana. Toda biblioteca, toda manifestación de la cultura hecha por quienes no caen dentro de sus moldes son pura apariencia, son la mentira. Escuche, Sr. GALTON. Usted habla y habla, pero..., no sé. ¿Puedo servirle en algo?

(Está cada vez más intranquila).

GALTON. Creo que le pareció interesante Juan de Mabillón. ¿Verdad?

ELIDIA. Nada entiendo de Poligrafía.

GALTON. Y sobre todo, eso de descubrir..., tesoros, a la sombra de caracteres oscuros.

ELIDIA. *(Visiblemente inquieta)*. ¿Qué quiere usted de mí, Sr. GALTON?

GALTON. *(Se le ha endurecido el rostro)*. Bruno Martín llegará dentro de unos días. Ha sido adquirida la casa. donde el filósofo nació. Y las aportaciones para sufragar todo esto han sido tan..., discretas, que no son conocidas. Pero existe una lista privada. Y eso es lo que busco. ¿Dónde está esa lista? Usted tiene que saberlo, y, si todavía no lo sabe... moralmente debe sentirse obligada a encontrarla.

ELIDIA. ¡Usted me alarma, Sr. GALTON!

GALTON. Todavía no he dicho que vaya a ser excomulgada, Srta. Elidia. Ni siquiera, he aludido al riesgo que correría su padre cuya clínica, en realidad, está sostenida...

(Se detiene. No quiere seguir).

Usted lo sabe todo.

ELIDIA. *(Asombrada)*. ¿Qué quiere usted decir?

GALTON. Ante todo seamos realistas. Usted es católica. ¿Verdad?

(Lo ha dicho con indudable dulzura).

Toda la ciudad la conoce.

ELIDIA. Ciertamente, Sr. GALTON.

(Está conturbada).

GALTON. Tengo la impresión, Srta. Elidia, de que usted no sabe hasta qué punto se compromete al encontrarse aquí. Creo que no ha reflexionado demasiado.

ELIDIA. Sí, claro. Yo no sé hasta qué punto..., la verdad, no me doy mucha cuenta de todo lo que está pasando. Aunque veo que algo va a ocurrir.

GALTON. ¿Habían pensado acaso que la Iglesia iba a permanecer indiferente? ¿Qué iba a olvidarse de su amorosa vigilancia?

ELIDIA. Tiene mucha razón. Lo mejor que puedo hacer es marcharme en seguida.

GALTON. No se ponga nerviosa, pequeña. Sólo tiene que encontrar esa lista.

ELIDIA. ¡Sr. GALTON, por favor! Escuche. Anrío me pidió que viniera por las tardes para atender las llamadas.

(Está a punto de llorar).

¡No es malo, Sr. GALTON! Y no se crea que se trata de un capricho banal. Lo estimo mucho, Sr. GALTON.

GALTON. Por supuesto, hija. Pero los afectos humanos no deben separarse de lo que la vida tiene de esencial. Tengan cuidado con ese joven profesor. Si no se siente capaz de llevarlo por el camino recto esa amistad carecería de sentido.

ELIDIA. ¡Le digo que no es malo, Sr. GALTON!

GALTON. ¡Claro que no es malo! Como tampoco lo es Segundo Romana, ni

ninguno de ellos. Es por su propia salvación por lo que tenemos que combatirlos. ¿Se da cuenta ahora, Srta. Elidia? Sólo tiene que dar con esa lista. ¿Cree que estará aquí?

(Pasea los ojos ávidamente).

Y sobre todo...

(Se le acerca).

Hay un nombre: Jaime Tagua. De él se dicen las peores cosas: «pequeña larva sucia que espera su momento para poder crecer». Pero, creo, Sita. Elidia, que así se falta gravemente contra la caridad. ¿Recuerda haberle visto?

ELIDIA. Creo que da clase en el Centro Universitario Eclesiástico.

GALTON. ¡Y que nunca falta a misa! Pero, al mismo tiempo...,

(Saca unas hojas impresas del bolsillo de su gabán).

aparece este ensayo firmado por..., no se sabe quién. Un perfecto discurso de impiedad. Es lo único que sabemos.

(Pausa).

Usted podrá ayudarnos, ¿verdad? Usted querrá hacerlo como buena hija de la Iglesia. Es para una sencilla labor de higiene. Aunque algunos se resisten a creerlo, estoy seguro de que este escrito ha salido de su pluma.

(Suena el teléfono).

ELIDIA. *(Cogiéndolo).* ¿Dígame?... Sí... es aquí... ¿quién llama?... ¿cómo?... ¿El Sr. Tagua...!?

(Volviéndose).

¡Es él!

GALTON. ¡Déjeme! Lo esperaba.

(Le quita bruscamente el teléfono).

Dígame, Sr. Tagua... Dígame... ¡Oiga..., oiga!

(Pausa).

Ha cortado. Usted se ha puesto nerviosa. No debió gritar su nombre.

ELIDIA. No sé realmente si me dijeron Tagua.

GALTON. Pero usted si lo ha dicho. Tagua llamó este pasado mediodía y quedó en que hablaría a estas horas. También sabía yo que usted estaba sola. ¿Por qué cree que he subido?

(Suena de nuevo el teléfono. A GALTON se le ilumina el rostro. Elidia está intensamente pálida. El teléfono sigue sonando).

Descuelgue con precaución.

(Está junto al teléfono, mirándolo fijamente).

ELIDIA. ¿A qué espera?
(Cogiendo el auricular). Dígame..., El Sr. Romana aún no ha llegado.
¿De parte de quién?... espere, por favor.

(La hace un gesto. GALTON coge el auricular. Tiene que esperar unos momentos para recobrase).

GALTON. Avíseme si viene alguien.

(Al teléfono ya).

¿El Sr. Tagua?... Buenas tardes. Soy uno de sus ayudantes. Por cierto que esta tarde, hemos estado hablando de usted..., ¿eh?..., sí, que hemos hablado de usted. Nos referíamos a su ensayo sobre la «Ética vivencial», de Bruno Martín que publicamos en nuestra revista central. Y., ¿cómo dice?... pero, si..., ¡oiga Sr. Tagua!, el Sr. Romana y yo hemos hablado muy confidencialmente. Estoy al tanto de todo. No tiene por qué preocuparse... sí... sí..... Y bien, Sr. Tagua. Como se va a publicar nuevamente su ensayo con motivo de la llegada del gran maestro, estuvimos diciendo... ¿me oye?, bien. Digo que estuvimos diciendo el Sr. Romana y yo, que casi merecía la pena de un alarde de valor. Y entonces, si usted se decidiera podría aparecer firmando con su nombre... ¿me oye? ¡Sr. Tagua!... ¡Oiga!... ¿eh?... bien, creí que se había cortado... ¿por qué no se atreve Sr. Tagua?... Dígame.....Sí, sí... comprendo. Es verdad... una verdadera crisis de trabajo..... Su mujer y seis hijos... me hago cargo..., Nuestras ideas noblemente... cierto, cierto... No se puede. De acuerdo Sr. Tagua... Escúcheme..... El Sr. Romana, ¿me oye?...

(GALTON se vuelve con inquietud hacia la puerta).

... que me dijo de la conveniencia de hablar directamente con usted... ¡No, aquí no! Hay otros sitios. Esta misma noche podemos vernos si le parece..., ¿dónde dice?.....¿Restaurant Francais?, bien..... Sí.....Muy buena hora, alas doce.....¿eh?..... pero.... ¡Eso es magnífico! ¡Sí, sí! Lleve usted su nuevo ensayo. En ese caso, casi interesaría más que reproducir... ya veremos..... Hasta luego..... Descuide..... Adiós, Sr. Tagua...., adiós....

(Cuelga. Pausa larga. GALTON está pálido. Se le ve poseído de una incontenible excitación. Nerviosamente se seca la frente con su pañuelo).

Quizá esté pensando, Srta. Elidia, que mi juego no es limpio, pero tengo

que hablarle frente a frente. Como hacen los hombres.

(Respira excitado).

Yo admito que Tagua tenga sus ideas. ¿Por qué no?. Incluso sus ideas equivocadas. Lo que ya no comprendo, cómo se puede escribir ocultándose, cobardemente, detrás de un nombre supuesto. Por eso voy a darle un tirón de la careta. Quiero contemplar su verdadero rostro. Quiero darle un poco de valor para que se muestre honrado.

ELIDIA. Sr. GALTON...

GALTON. Lo siento, señorita Elidia. Ya me marchó. Y en cuanto a usted, no olvide mi encargo. Esa lista de enorme interés para nosotros. Y tenga en cuenta que confío, absolutamente, en su lealtad, porque..., quisiera recordarle que se nos aproxima un tiempo en que todos vamos a ser duramente probados.

(Queda mirándola).

Salude de mi parte a su padre, Srta.

ELIDIA. Le daré sus saludos.

GALTON. Tiene usted un padre excelente, Srta. Elidia.

(La mira fijamente).

Sería lamentable que, debido a cualquier equívoco por su parte, se viera envuelto en una situación incómoda.

ELIDIA. No comprendo porqué...

GALTON. *(Cortándole con un gesto).* Adiós, Srta.

(Se dirige a la puerta y se vuelve desde ella).

Me olvidaba. Dígale a su padre que respecto a su pretensión... él ya sabe, en el obispado existe la mejor predisposición hacia su persona. Y otro día volveremos sobre la Poligrafía de Juan de Mabillón. ¿Le parece?

(Le dirige una sonrisa llena de ternura. Se marcha. Elidia queda inmóvil, pensativa. Después visiblemente excitada coge su abrigo que descansa sobre un sillón y se dirige a la puerta, pero, al llegar, nuevamente se detiene aunque ya casi la había abierto y regresa, entrando por la puerta del foro. La escena queda sola durante unos momentos. Después sale con un papel grande. Enciende la lámpara de la mesa y acerca la hoja para leerla brevemente. Queda pensativa. Va a guardarla, duda y, por fin, coge el teléfono).

ELIDIA. Deme línea, por favor... Gracias.

(Marca un número).

Oiga... soy yo, Anrio. Escucha, Anrio... Nada importante. Es que he roto

una lista que había en la carpeta del Sr. Romana. Como he cogido algunos papeles inútiles.....Pues, no sé, parece como una lista de nombres..... ¿eh?..... No sabía que hacía bien en romperla.....Aquí dejo nota de las llamadas.....Casi todas preguntando por el Sr. Romana..... No puedo esperarte. Mi madre está un poco indispuesta..... Bien..... ¡claro!.... ¡qué dulce es todo eso!.... tú sabes que siempre te agradezco... ¡bueno,...! ¡bueno...! otro día quizá... otro día mejor... adiós, Anrio, adiós.

(Cuelga. Rápidamente dobla la hoja y la guarda en su cartera, coge su abrigo y, en ese momento, entra Andrés Termas, el auxiliar del Sr. Romana; de unos 40 años. Tiene aspecto de estar muy cansado).

ACTO II. ESCENA VII

TAGUA. Sr. Romana.
ROMANA. (Volviéndose). ¿Eh...? ¡Ah..., es usted! Ni siquiera he oído que entraba. Ya ve qué noche tenemos.

(Contemplándole).

TAGUA. ¿Dónde se ha metido? Está chorreando.
Fui a buscarle a la tribuna, Sr. Romana. Pero había alguien con usted que me impedía hablarle. Me puse nervioso, y me olvidé de que estaba lloviendo.

ROMANA. ¿Y por qué está nervioso, Sr. Tagua?

TAGUA. He cometido una equivocación tremenda.

(Respira hondamente).

Ayer estuve con ese joven..., Anrió Delindes. Me dijo que Bruno Martín no pensaba intervenir en política.

ROMANA. Ha sido superado ese malentendido, afortunadamente.

TAGUA. (Con rabia contenida). ¿Malentendido dice? ¿Acaso hemos olvidado que ayudó a venir a la República?

ROMANA. Ayudó a traerla, en efecto, pero se apartó cuando vio que era lo más digno que se podía hacer. Nunca degradó sus ideales ni envileció su ideología, Sr. Tagua.

TAGUA. Cierta profesor, cierto. Pero tanta pulcritud hizo a muchos culpables. A veces, ser apolítico significa proclamar la caducidad de la Historia.

(Con amargura).

¡No comprendo cómo ha podido apartarse de nuevo!

ROMANA. ¡Sr. Tagua, cálmese! ¿Qué es lo que le pasa?

TAGUA. ¿Comprende, Sr. Romana, la situación en que me encuentro?

ROMANA. No sé a qué se refiere, Sr. Tagua.

TAGUA. Rogelio GALTON fue a verme al Restaurante Francais. Me convenció para que firmara con mi nombre el nuevo ensayo. Y ahora...

(No sigue, queda pensativo).

ROMANA. ¡Su nuevo ensayo es magnífico, Sr. Tagua! Y no porque en él reconozca usted mi aportación a la ideología vivencial sino por su brillante estilo y su honradez de contenido.

TAGUA. ¡De acuerdo, de acuerdo! Pero Rogelio GALTON me aseguró que Bruno Martín iría a las presidenciales. Que en este número de la revista aparecería un trabajo firmado con su nombre. ¿Qué ha ocurrido con todo esto, Sr. Romana?

ROMANA. ¿Qué es lo que le preocupa?

TAGUA. ¿No sabe usted que yo vivo de la Iglesia, que trabajo en sus clases y en sus laboratorios?

ROMANA. Ahora caigo. Usted..., sí. Usted usó un pseudónimo anteriormente. Y

ahora..., pero, de todas formas, yo creo que así es más digno.
TAGUA. Cómo se conoce que usted anda solo por el mundo. Con qué ligereza se mueve uno cuando no existen una esposa y seis hijos cuya suerte pueda depender de lo que diga otra persona.

(Lo mira desalentado).

ROMANA. ¿Cómo ha podido confiar en ese tipo?

TAGUA. Pero usted tiene amistad con Bruno Martín. Necesito encontrar un nuevo empleo. Ya sabe la enorme crisis que sufrimos.

ROMANA. ¿Es que le han despedido?

TAGUA. (Angustiado). ¿Podrá usted...?

ROMANA. Conoce el ambiente de hostilidad que nos rodea y la enorme crisis de trabajo que padece la isla.

TAGUA. Por eso...

ROMANA. Tengo en esquema las ideas fundamentales para un ensayo sociológico. Desde luego pienso afrontar con el realismo necesario...

TAGUA. (Cortándole). ¿Y qué hago yo con un esquema sociológico, Sr. Romana?

ROMANA. Ya comprendo, Sr. Tagua, me refería al aspecto general del problema. En cuanto a su caso, se lo expondré a Bruno Martín. A pesar de lo que dice de él..., hay quién le llama deicida, yo creo que podrá ayudarle. Le plantearé la cuestión con toda la urgencia que requiere.

(Tagua lo mira emocionado. Parece que tiritita de frío).

TAGUA. Gracias, Sr. Romana.

(A escena llegan: Galazzo, Hiparco, Eduard, Róspert, Anrío y Galo).

ACTO III. CUADRO II. ESCENA V

- HIPARCO. ¡Pronto, profesor! Hay un avión preparado para que salgamos de Trianía.
¡No hay tiempo que perder!
- ROMANA. ¡No soy ningún delincuente para tener que huir!
- GALAZZO. ¡Patricio Róspert, Galo y Marco Gabinio han sido fusilados!
- ROMANA. ¡No es posible! ¡Ustedes están mintiendo!
- HIPARCO. Es verdad aunque parezca increíble.
- GALAZZO. ¡Vámonos, profesor! Nos vamos a necesitar mutuamente.
- ROMANA. No me moveré de aquí hasta que venga Andrés Termas.
- HIPARCO. Está hablando por la radio.
- ROMANA. ¿Ha ido a la emisora?

(Los mira perplejo. Desde el patio llega hasta la biblioteca una voz a través de la radio).

- VOZ TERMAS. (*Voz en off*). Son muchos los que ahora satisfacen su sed de verdad, su serenidad intelectual por la senda de la trascendencia otrora borrada por la «crítica de la Razón Pura».
- GALAZZO. Estamos perdiendo el tiempo. ¡Vámonos, profesor!
- ROMANA. (*Vivamente angustiado*). ¿Adónde ir con mi salud precaria?

(*Con resolución*).

- Permaneceré aquí para mirarlos de frente. (Se oyen rumores por el patio).
- GALAZZO. ¡Vámonos en seguida! Salgamos por el jardín a la Plaza de las Dueñas.
- HIPARCO. ¡Vámonos, profesor! Iremos a Inglaterra. Y puede que después encontremos trabajo en la Argentina. (S. Romana permanece abstraído).
- GALAZZO. ¡Déjalo, Hiparco!
(*Salen*).

- ROMANA. (*Casi gritando*). ¡Defended al mundo, si! ¡Cambiadlo! Pero siempre desde la perennidad de la razón y la filosofía!

(*Las explosiones se suceden. Segundo Romana comienza a cerrar los postigos de los balcones*).

Evitemos la indeseable discordancia.

(*La puerta se abre de par en par y se ve a un grupo de personas de mirada invasora, algunas traen pistolas al cinto. Rápidamente entran y le rodean. Entre ellos reconocemos a Rogelio GALTON, que, muy nervioso, empieza a recoger los papeles y libros que hay sobre la mesa, es el mismo que entró subrepticamente, buscando ávido la relación de aportaciones*).

- ROMANA. (*A Galton*). ¿Pero qué hace? ¿Qué busca en esta mesa? ¡No toque nada, Sr. Galton!

(Con un gesto de extrema resolución).

UNO. Necesito que venga mi abogado. (Perplejo). ¿Qué es un abogado?

Se percibe en el grupo como una risa sorda. Algunos se dirigen a la puerta del despacho donde está el féretro de Bruno Martín. Entran. Se escuchan como unos golpes secos dados sobre madera. En realidad están dándole patadas al féretro. A Segundo Romana le ha dado tiempo de recoger su abrigo y su sombrero y, casi empujado sale de escena. Va, probablemente, hacia un Consejo de Guerra sumarísimo donde será acusado de auxilio a la rebelión por los militares sublevados.

Al salir ve el reflejo de un primer rayo de sol que entra por los dinteles de los balcones y este destello de luz le trae a la memoria el blanco reverbero de las canteras del Pentélico, los mármoles de la Grecia dorada «ese otro territorio de la mente» adonde viajó, y por donde anduvo, imaginando encuentros, por los itinerarios de la filosofía tras la huella de los hermanos muertos pensadores.

Mientras sale y cae el telón siguen oyéndose el retumbar de los cañones y la fusilería mezclados con algún golpe seco. Las patadas que siguen dándole al féretro de Bruno Martín.

FIN